

La conexión - Filipenses 1:1-11

La metamorfosis describe el cambio radical que ocurre en un ser vivo. Podría ser el desarrollo de una semilla en planta adulta, como de un bulbo en gladiolo. El bulbo es pequeño, oscuro, feo. La flor del gladiolo es resplandeciente, ligera, llena de color. La bellota es pequeña, el roble un árbol enorme.

Algo parecido ocurre con los insectos. Del huevecillo se pasa a larva, de larva a pupa y de pupa al escarabajo adulto. Una de las transformaciones más espectaculares entre los insectos es la muda de una oruga en mariposa. Hay continuidad - es el mismo organismo - pero también hay ruptura, porque la criatura final sobrepasa con creces la hermosura que tenía en su estado primitivo.

La Biblia dice que cuando Dios hace una obra dentro de un ser humano, se inicia un proceso de transformación que sin duda acabará en gloria. El Nuevo Testamento emplea la palabra "metamorfosis" cuatro veces, dos de ellas para referirse al cambio que Jesucristo experimenta en el monte de transfiguración, cuando su rostro resplandece como el sol y sus vestidos se vuelven blancos como la luz (**Mt 17:2**). Una metamorfosis parecida ocurre entre los hijos de Dios por la renovación constante de la mente (**Ro 12:2**). La Palabra de Dios pone orden en el interior, y esto se manifiesta en la conducta.

Al fijarnos en la persona de Cristo, como se nos muestra en la Palabra de Dios, somos transformados progresivamente de gloria en gloria (**2 Co 3:18**). El apóstol enseña estas cosas a grupos de creyentes que se congregan en iglesias locales, porque el efecto que ejercemos unos sobre otros es grande, para bien o para mal. Nos estimulamos al amor y a las buenas obras, o acabamos echando zancadillas al compañero de camino. Si la influencia es positiva, para edificación, se cumple el dicho de que "*mejores son dos que uno*" (**Ec 4:9**).

La transformación personal se realiza mejor en comunidad con otros creyentes en Cristo. Si andar con Dios en este mundo es un camino hacia arriba, es mucho mejor subir la montaña atados unos a otros. La cuerda nos salva de caer al vacío, y el esfuerzo conjunto permite que la subida sea más llevadera para todos. El apóstol Pablo usa la palabra "*comunión*", que se refiere a aquello que se tiene en común (koinonía), (**Fil 1:5**). Pablo se alegra de la conexión que tiene con los creyentes de Filipos. Hay afecto, hay transparencia, hay compromiso, hay respeto. Ellos influyen poderosamente en él: mandando ofrendas, siendo fieles en su testimonio, intercediendo ante Dios por sus necesidades. Todo ello le aporta fuerza en el ánimo. El también influye en ellos a través de su ejemplo, sus oraciones y su consejo. La conexión real entre creyentes en Cristo hace que el amor de Dios se acerque y se vuelva tangible, allanando el camino para que ocurra la metamorfosis espiritual en la vida de cada uno.

La conexión parte de Dios (Fil 1:1-6)

La Biblia nos informa que Dios es una trinidad. Pablo escribe a los filipenses "*Gracia y paz a vosotros, de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo*" (**Fil 1:2**). En la esencia del Ser único, existe una pluralidad de personas. No son dioses distintos, como tampoco son meras manifestaciones de la deidad. Son tres personas dentro de un mismo Dios, todas poseyendo todos los atributos divinos en su plenitud. Durante el ministerio de Jesucristo en la tierra, él dice repetidamente que es Dios en la carne: perdona pecados, afirma haber bajado del cielo, se apropia títulos divinos como "*yo soy*", y declara su eternidad: "*Antes*

que Abraham fuese, yo soy". Al mismo tiempo, Jesús ora al Padre, pide ayuda al Padre y se somete a la voluntad del Padre. Promete enviar otro Consolador como él, el Espíritu Santo. De estas noticias aprendemos que el Padre, el Hijo, y el Espíritu tiene aspectos que los distinguen (Jesús ora al Padre, el Padre le habla del cielo en su bautismo), pero todos mantienen todas las características del Dios único.

La relación entre las tres personas de la Trinidad existía antes de haber mundo. El Padre y el Hijo se deleitaban el uno en el otro (**Pr 8:30**) (**Jn 17:5**). El Padre promete enviar al Hijo al mundo para solucionar el problema del pecado (**Is 42:1**) (**Is 48:16**) y el Hijo acepta la misión (**Sal 40:7**). El Padre promete dar fuerzas y sustento (**Is 42:6**) (**Is 49:8**) y el Hijo se compromete a no echarse para atrás (**Is 50:5-6**). El Padre asegura que la misión tendrá éxito y habrá fruto de ello, es decir, redimidos entre los hombres (**Is 53:10-11**).

La relación eterna entre las tres personas de la Trinidad significa que cuando la Palabra dice "*Dios es amor*", se refiere a su esencia interna. Dentro de sí mismo, las Personas se amaban, se deleitaban entre sí, se entregaban entre sí. Convivían en una especie de danza infinita entre sí. Si Dios fuera una mónada (un ser único pero no trino), no podría amar hasta crear algún objeto para ser amado. Pero Dios es amor antes de crear nada, porque el amor fluye dentro de su propio ser.

La caída del hombre supuso un distanciamiento del Dios de amor. La entrada del pecado hizo que el hombre buscara ahora su propio interés. Se movía no por amor sino por egoísmo. No se deleitaba en su Creador, sino en sus propios proyectos. Dios, sin embargo, le invita a volver, a conectar de nuevo con el Amor trino. Es como si le invitara a participar en la danza. Si responde, el cambio más notable en el interior del hombre será el amor: "*el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado*" (**Ro 5:5**). "*El fruto del Espíritu es amor*" (**Ga 5:22**).

Dios produce amor en el corazón y luego plantea el amor como el principal deber del ser humano. Jesucristo aclara que el primer mandamiento (amar a Dios) y el segundo (amar al prójimo) resumen toda la enseñanza bíblica (**Mt 22:37-39**). Recogen todo lo que Dios busca del hombre, que aprenda a amar y que participe en la danza eterna.

El medio para que se produzca el cambio en el hombre es el evangelio, la Buena Noticia (**Fil 1:5**). Al oír la Buena Noticia y creerla de todo corazón, el hombre llega a experimentar una obra divina en su interior. Es una obra que comienza en un Dios que elige antes de la fundación del mundo, crea al hombre a su imagen y semejanza, prepara y anuncia el medio de la salvación, viene en la persona de Cristo para llevar a cabo la sustitución, y toca el corazón del hombre por medio de su Espíritu. El evangelio llega a oídos del hombre, éste reconoce su fracaso moral y la suficiencia de la obra de Cristo para justificarle ante Dios, y acaba creyendo de todo corazón en Cristo como Señor y Salvador.

La obra salvífica sigue adelante durante toda la vida del hombre. Dios lleva adelante la transformación en aquel a quien El ha amado, y nada ni nadie puede parar el proceso. El que ha creído verdaderamente llegará a la gloria, hecho resplandeciente como un gladiolo o como una mariposa. O como Jesucristo en el monte de transfiguración.

El evangelio parte de una realidad objetiva, de algo que Dios ha hecho libremente, algo enteramente fuera de nosotros. No aportamos nada, sólo creemos que aquello que Dios ha hecho es exactamente lo que necesitamos y será adecuado para reestablecer una relación de amor con él. Jesucristo dice en la cruz "*consumado es*" y el pecador consciente de la gravedad de su situación contempla la escena y asiente: "Tú lo has hecho todo, creo de todo corazón que será suficiente para mí, funcionará en mi caso concreto frente a la eternidad".

Si un invitado rompe una lámpara en tu casa, alguien tiene que pagar la reparación. Puede ser el que la ha roto, o puedes pagarlo tú. El destrozo requiere una reparación, que supone un esfuerzo (porque el dinero representa horas trabajadas). Si se trata de una ofensa grave, trascendente, un daño serio, entonces te quedan dos opciones: obligar a sufrir al que te ha hecho el daño (como justa retribución) o perdonarle. Si le perdonas, esto supondrá sufrimiento para ti, por no recibir la satisfacción que mereces. El mensaje del evangelio es que Dios pagó la reparación del universo destrozado, y que en vez de exigir el sufrimiento de los culpables, está dispuesto a asumir personalmente el sufrimiento él mismo.

Jesucristo cuenta el caso del hijo pródigo que pide la herencia y se marcha de su casa. Cuando por fin toca fondo y decide volver al padre, éste sale corriendo para recibir a su hijo. Da perdón en vez de exigir que el hijo sufra por sus fechorías. Asume sobre sí toda la vergüenza que supone el reencuentro: corre (los hombres serios no corrían), levanta su túnica dejando ver sus piernas desnudas (otra cosa que los hombres serios jamás hacían), se echa sobre el cuello del hijo (que ha traído tanta deshonra a la familia). El mensaje del evangelio es que Dios, en la persona de Jesucristo, ha asumido sobre sí toda la vergüenza, toda la deshonra, todo el sufrimiento que por derecho podría exigir de tantos hijos pródigos como nosotros.

Cuando oímos este mensaje y lo abrazamos con fe, de todo corazón, algo grande ocurre en nuestro interior. Es una obra divina. Dios derrama su vida en nosotros, junto con su perdón, y algo dramático cambia en nuestra alma. Nace un nuevo tipo de vida, y pronto se manifiestan las señales de la vida de Dios en nosotros.

Las personas que comparten la experiencia del nuevo nacimiento tienen comunión. Es como las personas que han superado un cáncer, o han pasado por una operación a corazón abierto, o han sufrido un robo en casa, o han perdido un hijo en la droga. La experiencia compartida forja lazos de complicidad, y mucho más cuando se trata no de una mera experiencia vital sino de una explosiva dinámica sobrenatural. El apóstol emplea varias frases para describir las cosas que unen a los creyentes en Cristo:

- **“Santos” (Fil 1:1).** Los nacidos de nuevo forman un grupo aparte, diferente al resto de los mortales. La obra divina en su corazón los marca como personas que pertenecen a Dios de una manera especial.
- **“En Cristo” (Fil 1:1).** La conexión con Dios a través de la obra terminada de Jesucristo en la cruz se traduce en una relación con él absolutamente envolvente. Es una relación que influye en toda su vida: sus gustos, sus costumbres, su esperanza, sus prioridades, sus amistades.
- **“Que están en Filipos” (Fil 1:1).** Las personas de carne y hueso que comparten un mismo espacio geográfico e histórico, que se conocen y viven el evangelio en medio de la vida real (familia, trabajo, sociedad) están en una posición especial de ayudarse mutuamente a avanzar en la transformación.

La conexión se vive con personas (Fil 1:7-9)

La esencia de la conexión con personas que han experimentado la obra de Dios en su corazón podría llamarse “amistad plus”. No es un mero afecto, como lo que siente una madre por su hijo. Tampoco es el enamoramiento, como lo que sienten dos jóvenes que se quedan mirando embobados. Es una amistad, que se define por el interés que se comparte, en algo externo. Comparten el gusto por la poesía, o la música, o el deporte, la

acción política o el servicio al Señor. Se sientan juntos mirando al mismo horizonte y se unen por el descubrimiento de una alma gemela que busca lo mismo: “Ah, ¿tú también?”.

Pero es “amistad plus” porque la vida de Dios introduce un elemento nuevo: un lazo que aumenta el compromiso entre los unos y los otros. Se crea una unión que te lleva a buscar el bien del otro, movido constantemente por el amor de Dios que se agranda en el corazón. El interés que compartimos es el amor a Dios, la gratitud por su don, y el deseo de servirle con nuestra vida.

(Pr 17:17) “En todo tiempo ama el amigo, y es como un hermano en tiempo de angustia.”

(Pr 18:24) “El hombre que tiene amigos ha de mostrarse amigo; y amigo hay más unido que un hermano.”

Este compromiso te lleva a preocuparte por el amigo, cuidar del amigo. Percibes sus gustos, sus actitudes, sus movimientos internos. Sabes cuándo no hay que saludarle chillando de madrugada, y te esfuerzas por ser íntegro con él en todo momento.

(Pr 27:14) “El que bendice a su amigo en alta voz, madrugando de mañana, por maldición se le contará.”

(Pr 26:18-19) “Como el que enloquece, y echa llamas y saetas y muerte, tal es el hombre que engaña a su amigo, y dice, “Ciertamente lo hice por broma.”

El amigo se muestra solidario - cree lo mejor - pero al mismo tiempo ofrece “cordial consejo” en el momento adecuado. La frase en hebreo significa “consejo del alma” y sugiere tres aspectos: 1) un consejo que parte de un deseo en el alma de bendecir al otro, 2) un consejo basado en las experiencias almacenadas en el alma, 3) un consejo que nace de una apertura del alma hacia el otro. Hay transparencia, sinceridad. El cordial consejo huye de la severidad. No busca juzgar comportamientos sin comprender los motivos detrás de los comportamientos. Escucha bien y se identifica con las luchas del amigo. Comunica un “estoy contigo”, pase lo que pase.

(Pr 27:9) “El ungüento y el perfume alegran el corazón, y el cordial consejo del amigo, al hombre.”

(Pr 27:6) “Fieles son las heridas del que ama; pero importunos los besos del que aborrece.”

(Pr 27:17) “Hierro con hierro se aguza; Y así el hombre aguza el rostro de su amigo.”

Hay niveles de amistad. La “amistad plus”, basada en la vida de Dios compartida entre unos y otros, no garantiza la misma intimidad con todos. En Filipenses, Pablo escribe de parte suya y de Timoteo, su fiel colaborador. “No tengo otro como él”, llega a decir el apóstol (**Fil 2:20**). Pablo y Timoteo han viajado juntos, han servido juntos en el evangelio, han sufrido juntos en muchas dificultades. Comparten un lazo especialmente intenso.

Epafrodito, uno de los creyentes de Filipos, también goza de una consideración especial como colaborador, compañero de milicia, y ministrador de sus necesidades (por haber llevado hasta Pablo la ofrenda de la iglesia). Se ha sacrificado para llegar a Roma, enfermando a punto de perderse la vida, y ese compañerismo en el sufrimiento por el evangelio forja un vínculo especial. La unión no es tan estrecha como la que Pablo tiene con Timoteo, pero es notable.

Con los creyentes en general, Pablo comparte una amistad real aunque menos intensa que con Timoteo y Epafrodito: “os tengo en el corazón” (**Fil 1:7**). Pablo y los hermanos han vivido juntos una historia que se remonta a la primera visita del apóstol a la ciudad y

los primeros pinitos de la pequeña iglesia nueva. Han luchado juntos para ser fieles en un medio hostil. Pablo se alegra de la comunión real que los une: *“todos vosotros sois participantes conmigo de la gracia”* (Fil 1:7).

Llama la atención los efectos que produce este tipo de amistades dentro del pueblo de Dios. La conexión personal obra cambios benéficos en unos y otros. Adelanta la transformación espiritual.

- Imparte fuerzas para seguir adelante. Cuando Pablo dice que *“en mis prisiones... todos vosotros sois participantes conmigo de la gracia”* (Fil 1:7), quiere decir que se siente profundamente acompañado en sus aflicciones. Sabe que no está solo. El participar en las alegrías y las tristezas de otro se plasma a través de llamadas, visitas, o conversaciones después de reuniones. Es un *“cuenta conmigo, estoy contigo en esto”*.
- Hace que el amor de Dios se vuelva más presente, más real. Pablo declara a los filipenses que *“Dios me es testigo de cómo os amo a todos vosotros con el entrañable amor de Jesucristo”* (Fil 1:8). De alguna manera, Dios ha derramado amor en su corazón, y Pablo lo transmite a los creyentes a través de su preocupación al redactar y enviar la epístola.
- Abre las compuertas del cielo a mayores influencias espirituales. El apóstol afirma que las oraciones de los creyentes harán que Dios le dé fuerzas para seguir fiel, venga lo que venga (Fil 1:19). Como el Padre sostuvo a Jesucristo, así Cristo en el apóstol suple ánimos, valentía y constancia. El resultado es que todo lo que ocurra - sea bueno, sea malo - servirá para adelantar la transformación a la imagen de Jesús (*“resultará en mi salvación”, “sotería”* en el griego).
- Te hace mejor persona. Pablo ora por los filipenses que su amor crezca en discernimiento, para que llegue a ser un amor sensato y sabio (Fil 1:9). Este es el cordial consejo del amigo. Pablo ha afirmado su amor y su compromiso incondicional hacia ellos, como ahora les dice que intercede ante el trono de la gracia para que crezca en calidad su amor. Es justo lo que los filipenses necesitaban. Había desavenencias en la congregación. Pablo tiene que animarles varias veces a que tengan un mismo espíritu (Fil 1:27), que no hagan nada por contienda o vanagloria (Fil 2:3), que hagan todo sin murmuraciones (Fil 2:14), y que una serie de personas concretas traten de llevarse mejor (Fil 4:2-3).

La conexión produce el cambio (Fil 1:10-11)

¿Es posible cambiar a otra persona? En nuestros tiempos, uno de los valores más preciados es que el otro *“me acepta como soy”*. Los que se juntan en pareja se alegran si el otro no les somete a presiones de ningún tipo, ni exige cambios de ninguna clase. Nos rebelamos contra los intentos de una madre absorbente o de un vecino cotilla, de obligarnos a seguir su línea. Pero tarde o temprano nos encontramos con personas cercanas que necesitan un cambio: un hijo que no estudia, un cónyuge que se distrae, una abuela con mal carácter, un jefe abusivo. ¿Es posible meter la mano en el corazón, como para inclinarlo en otro sentido? Hay varios métodos que normalmente se prueban:

- Ignorar al otro. Si no conseguimos poner tierra por en medio, nos limitamos a un trato mínimo. Evitamos el roce con silencios, con frialdad, manteniendo las distancias.
- Aceptarlo sin reproche. Algunos piensan que la amistad consiste en una defensa a ultranza del amigo, haga lo que haga. Escuchamos sus penas y siempre le damos

la razón. “Eres maravilloso, es que los otros son unos brutos”. La culpa siempre la tienen los demás.

- Juzgarlo sin piedad. En vez de tratar de comprender lo que hay detrás de los comportamientos, nos quedamos exigiendo un cambio de conducta con severidad. Las frases más típicas son “lo que tenías que hacer”, o “a ver si espabilas de una vez”, o “lo estás haciendo fatal”.
- Analizarlo sin criterio. Los que optan por la psicología prefieren indagar en las raíces del comportamiento humano, para descubrir quién te hizo daño de pequeño, qué traumas has sufrido en familia, qué complejos siguen produciendo un bloqueo. La terapia muchas veces consiste en esto, en largas conversaciones para desenmascarar los abusos del pasado. El fin es confrontarlos y liberarte de su influencia perniciosa, eligiendo una respuesta vital diferente.

El apóstol Pablo demuestra, sin embargo, una alternativa para lograr un cambio en los demás. Era evidente que los filipenses necesitaban portarse de otra manera para superar sus divisiones internas y seguir luchando por el testimonio de Cristo, pero juntos, unidos entre sí. La manera en que Pablo trata con ellos nos enseña cómo la conexión personal puede servir de poderoso estímulo entre los hijos de Dios. Podemos ayudarnos a seguir creciendo en la gracia, superando fallos de carácter y llegando a ser un cauce de bendición para los demás.

La esencia de la conexión que transforma consiste en darnos cuenta de algo poderoso en nosotros, la vida de Dios en nosotros, que puede impartir sanidad a otros. El mismo Jesucristo que sanó la fiebre de la suegra de Pedro, que limpió al leproso, que devolvió la vista al ciego, que restauró al paralítico y que echó fuera una legión de demonios del gadareno, ese Cristo es el que vive en nosotros por su Espíritu. Se sirve del contacto humano entre creyentes para fluir de uno a otro, dando sanidad y liberación.

Para que otro creyente reciba sanidad y liberación, también hemos de darnos cuenta de algo bello y hermoso en el otro. Si ha recibido la vida de Dios, hay una obra poderosa que ha comenzado en su interior y que seguirá adelante. El Espíritu está haciendo una reforma desde dentro hacia fuera, y si contamos con ello todo se andará. Pablo cuenta con ello cuando dice a los filipenses, *“Si otra cosa sentís, esto también os lo revelará Dios” (Fil 3:15)*.

El apóstol hace varias cosas con los filipenses, que nos enseñan cómo colaborar con Dios para que sanidad llegue a la vida de un hermano o una hermana en la fe.

I. Prioridad del ejemplo

Pablo sabe que el mayor estímulo de todos es el ejemplo. Por eso expone su pensamiento respecto a su experiencia de cárcel (**Fil 1:12-26**). Por eso pone el ejemplo de Timoteo y Epafras delante de los filipenses (**Fil 2:19-30**). Por ello también habla de su esfuerzo constante por llegar a ser todo lo que Dios quiere para él (**Fil 3:12-16**). Al final, dice claramente *“sed imitadores de mí” (Fil 3:17)*.

Un ejemplo de vivencia cristiana es el mayor acicate para el prójimo. Para cambiar a un hijo, una esposa, un compañero o un miembro de la iglesia, hay que empezar dando un modelo de vida que rebose integridad, sencillez, coherencia y amor. Aunque no te imiten el primer día, el buen ejemplo siempre hace mella. Es el paso decisivo para *“estimularnos al amor y a las buenas obras” (He 10:24)*. En cambio un ejemplo egoísta, de “luchar por lo mío”, de pasar de los demás, de buscar la ganancia económica, de estar demasiado ocupado como para escuchar, todo ello anula cualquier intento de empujar a los demás en la buena dirección.

2. Afirmación de lo que hay valioso

Si el otro ha conocido a Cristo, entonces tiene una vida nueva, la vida de Dios. Es una criatura nueva. Es heredero del reino de Dios. Es *“coheredero de la gracia de la vida”* si posee el Espíritu de Dios en su interior. Pablo empieza así con los filipenses. En vez de echarles en cara sus defectos, se recrea en lo que hay de bello y eterno en ellos: *“Doy gracias a mi Dios siempre que me acuerdo de vosotros” (Fil 1:3)*, *“siempre rogando con gozo por todos vosotros” (Fil 1:4)*, *“estando persuadido de esto, que el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo” (Fil 1:6)*, *“os tengo en el corazón” (Fil 1:7)*.

Afirmar lo que hay de valioso en el otro no significa darle la razón en todo. No es el respaldo sin criterios que a veces caracteriza las amistades del mundo. Pero sí significa partir del reconocimiento de que si la otra persona comparte la vida en Cristo, entonces lo que nos une importa mucho más que los gustos que nos pueden separar.

3. Oración solidaria

Pablo les dice que ora por ellos, pero en su oración no se nota un tono crítico. No dice *“Señor, arréglalos”* o *“Señor, cámbialos”*, ni mucho menos *“Señor, dales un toque para que se enteren”*. Su oración parte del reconocimiento del milagro que ha ocurrido en sus vidas. Tienen un amor que antes no tenían, su corazón ha cambiado profundamente. Su oración es que ese amor - que él reconoce y afirma - crezca en calidad. Su tono es que *“hay algo grande en vosotros, y mi preocupación es que siga creciendo”*.

4. Cordial consejo

Como en el texto de **(Pr 27:9)**, el apóstol toca los temas que tiene entre manos. Hay exhortación, hay advertencia, hay ruegos. Pero todas las frases transpiran la gracia de Dios. Rezuman amor, cariño, compromiso y solidaridad con ellos. No es la frialdad severa de un policía, sino el apoyo bondadoso de un mentor.

Aplicaciones

El poderoso efecto que ejerce la conexión personal entre los hijos de Dios nos lleva a plantear dos medidas prácticas:

Valorar la conexión. Los creyentes que el Señor ha puesto en tu vida podrían ser un poderoso medio para darte fuerzas, hacer real el amor de Dios, abrir los cielos a mayores influencias espirituales y moldearte en mejor persona. No huyas del contacto con los creyentes que merecen la pena. No te quedes en casa con tus tristezas, sino busca la comunión del pueblo de Dios. Surgirán amistades cuando descubras a otros que comparten las mismas inquietudes, y esas amistades adelantarán la transformación sanadora en tu vida.

Trabajar la conexión. Si te das cuenta de algo poderoso en ti y algo valioso en el otro, entonces Dios te puede usar para aportar fuerzas y sanidad al otro. Aprende a escuchar bien. Busca lo que hay detrás de los comportamientos. Cuida tu ejemplo, esfuérzate en la oración. Si se abre la puerta para dar *“cordial consejo”*, pide dirección del Señor para ver cómo infundir vida a tu hermano. Así Dios adelantará la metamorfosis del otro y tú habrás sido un canal divino de bendición.

La conexión personal abre camino al cambio glorioso.